



Damon
Young

Filosofía
en el jardín

LA NATURALEZA COMO
INVITACIÓN AL PENSAMIENTO
Y A LA ESCRITURA

Ariel

Damon Young

Filosofía en el jardín

La naturaleza como invitación
al pensamiento y a la escritura

Traducción de Julio Hermoso

Ariel

Título original: *Philosophy in the Garden*

© 2012, Damon Young

© 2023, Julio Hermoso, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3650-3

Depósito legal: B. 9.944-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

<i>Introducción: Filosofía al aire libre</i>	9
Jane Austen: el consuelo de Chawton Cottage	21
Marcel Proust: unos bonsáis en el dormitorio	47
Leonard Woolf: las manzanas de Monk's House	67
Friedrich Nietzsche: el árbol de los pensamientos	91
Colette: sexo y rosas	107
Jean-Jacques Rousseau: confesiones botánicas	125
George Orwell: sin blanca y guadaña en mano	143
Emily Dickinson: los acres del quizá	157
Nikos Kazantzakis: rastrillar piedras	169
Jean-Paul Sartre: los castaños y la nada	179
Voltaire: la mejor de todas las fincas posibles	195
<i>Epílogo: Un extranjero ante las puertas</i>	207
<i>Bibliografía: De hoja en hoja</i>	213
<i>Agradecimientos</i>	233

Jane Austen: el consuelo de Chawton Cottage

Me encuentro bastante bien de salud y trabajo mucho en el jardín.

JANE AUSTEN, carta a ANNA AUSTEN,
julio de 1814

Permitámonos el lujo del silencio.

EDMUND BERTRAM, en la obra
Mansfield Park, de JANE AUSTEN

Estamos en East Hampshire en una mañana de mayo de 1811. Los cerezos de Orleans de Jane Austen están echando sus brotes. Por sus cartas y por los recuerdos de sus familiares, me he formado en la imaginación un retrato de la autora sentada en su lugar preferido: cerca de la puerta principal de la casita de campo, en una pequeña mesa de nogal de doce lados, escribiendo en unas hojitas de papel minúsculas. En cuanto suene el crujido de la puerta principal, esas hojas desaparecerán bien guardadas. En este día, su familia le

concede el aislamiento, aunque no el silencio. Una detrás de otra, las páginas se llenan con su letra diminuta: mojar el plumín, dejar la mano suspendida, garabatear, tachar, raspar y mojar el plumín. Trabaja con rapidez, porque dispone de poco tiempo libre, y se concentra con intensidad porque tampoco tiene un estudio propio donde reine el silencio. Cada dos por tres deja el cálamo e invoca una visión, la de Fanny Price temblando por ese vividor de Henry Crawford, o dándole vueltas a la perfidia del teatro. Acto seguido coge la pluma y comienza de nuevo. Al final, los sonidos de la cocina, la limpieza y la charla terminan por ser demasiado para ella. Las tramas y las subtramas de su novela se resienten. El golpeteo de las cacerolas y la cháchara del servicio son discordantes, y a ella le duelen ya los ojos. Basta. Austen deja la pluma en el tintero y sale a caminar por el jardín de Chawton Cottage.

Es un instante de descanso de ese comedor abarrotado de gente. El aire es más fresco, y la luz, más intensa. Hay espacio para moverse. Tal y como reflejan sus cartas, Austen repara en los llamativos pétalos blancos del filadelfo y su denso aroma dulzón. La peonía, una recién llegada de Asia, ha vuelto a florecer. Y aquello que Austen no ve, ya se lo imagina: las clavelinas, las minutas, las aguileñas y unas ciruelas bien hermosas. Camina despacio, observa con detenimiento y respira hondo, pero no por mucho tiempo: Austen tiene las tareas y recados habituales que hacer por la tarde, y su manuscrito inconcluso la tienta desde el salón. Cuando regresa al interior con ese paso decidido tan característico suyo, el jardín ya ha obrado su bien en ella. Jane Austen retorna a su minúsculo banco de trabajo, renovada no ya por los libros ni los cotilleos —ambos abundantes— sino por un breve descanso entre los frutales de Chaw-

ton, el césped bien cortado y las plantas exóticas traídas de lugares remotos.

Con estos hábitos de trabajo, Jane Austen escribió en unos cuatro años sus últimas novelas, tres de los libros más preciados de la literatura inglesa: *Mansfield Park*, *Emma* y *Persuasión*. A pesar de la enfermedad, los deberes domésticos y los agridulces lazos familiares, Austen no dejaba de raspar el papel con la pluma en su minúscula mesa, creando sus personajes incomparables.

BLANCO RESPLANDOR

Jane Austen no siempre fue tan prolífica. Sin un jardín, su escritura se resintió. En diciembre de 1800, justo el mes de su vigésimo quinto cumpleaños, la autora británica prácticamente dejó de escribir durante una década. Escribía cartas, por supuesto, tal vez miles de ellas aunque ahora solo tengamos unas pocas. Sin embargo, apenas tocó sus novelas. Vendió *Susan* a un editor corto de miras que la dejó aparcada (la retuvo a cambio de un rescate de diez libras). Austen intentó escribir una novela nueva, *Los Watson*, pero aquella historia de tristeza y amargura no fue a ninguna parte. Sus libros desaparecen del mapa —tanto público como privado— entre 1800 y 1809. La mujer a la que el crítico literario F. R. Leavis llamó «la primera novelista moderna» apenas estaba escribiendo.

Lo que había detrás del silencio de Jane era un nombre de cuatro letras, Bath. En diciembre de 1800, sus padres ya mayores anunciaban su retiro: el reverendo George Austen y esposa, con sus hijas solteras Cassandra y Jane, se mudaban a Bath, en la costa oeste. Antaño lugar romano de vacaciones y después británico, el

Bath de la época georgiana era un novedoso destino vacacional y un balneario que se puso muy de moda. Allí iban a descansar los ricos y los aristócratas, que se zambullían en el mar, en los manantiales de agua caliente y en los cotilleos del Pump Room. Era una ciudad muy estimulante en términos arquitectónicos y arqueológicos. Los hallazgos y las ruinas romanas compartían espacio con los nuevos y grandes hoteles y otros establecimientos, tallados en piedra de Bath. Y los servicios urbanos tenían su equilibrio en el encanto de la campiña local, donde un agradable paseo siempre estaba a tiro de piedra, incluido Prior Park con su gruta, su puente palladiano y sus bosques. «Bath es el mejor lugar de la tierra», escribió el biógrafo del doctor Johnson, el a menudo borracho y putañero James Boswell, «ya que uno puede disfrutar de su vida social y de sus paseos sin esfuerzo ni fatiga». Para muchos, Bath era una ciudad bella y vibrante que ofrecía todas las comodidades y entretenimientos de la vida moderna sin la mugre ni las largas distancias de Londres.

Jane Austen quizá disfrutara de Bath como visitante, pero lo odiaba como residente. Lo consideraba feo incluso a pleno sol. «La primera imagen de Bath con buen tiempo tampoco responde a mis expectativas», escribió a su hermana en su primer año allí, «tengo la impresión de que veo con más detalle entre la lluvia.» No le gustaban sus incesantes bailes y fiestas, su aire insinuante ni su piedra («blanco resplandor», lo llamó en *Persuasion*).

Aunque Bath hubiera sido un lugar silencioso y lleno de virtudes, tenía una evidentísima carencia, pues no era su localidad del Hampshire rural, con su jardín particular. No era Steventon, el lugar donde ella nació y creció y donde escribió sus tres primeras novelas. Más

allá de dos breves y dolorosos exilios a causa de su escolarización, Austen había vivido un cuarto de siglo —o lo que es lo mismo, toda su vida— en Steventon: un pueblecito rodeado de tierras de cultivo donde vivían, tal vez, unas treinta familias con la correspondiente población de gallinas, vacas, caballos, ovejas y cerdos. El padre de Jane, George, era el párroco y el maestro de escuela de muchos de los chicos locales (incluidos cinco de los hermanos de Jane). Por emocionada que estuviera ante el «bullicio» de un viaje al oeste y la promesa de una vida junto al mar, Austen no dejaba de sentir una pérdida.

Tampoco es que la campiña de Hampshire fuese la Arcadia, pues podía llegar a ser un lugar gélido, solitario y monótono. No cabe duda de que el tamaño y el aislamiento de la aldea sofocaron en ocasiones la imaginación expansiva de Austen. Antes de marcharse, escribió a Cassandra una carta donde le daba a entender que el pueblo se había vuelto algo aburrido para ella, pero esto tiene un aire irónico o de una bravata, no de una verdadera queja. Steventon era su hogar y su arquetipo de una vida de educación y refinamiento. Su privacidad, espaciosidad y sus ritmos domésticos eran cruciales para su bienestar. «Las mismas rutinas domésticas y paseos cotidianos por el jardín [...], los mismos sonidos y silencios», escribe su biógrafa Claire Tomalin, «todas aquellas monotonías constituían un entorno seguro en el que podía trabajar su imaginación.»

De manera que una parte de aquel silencio de Austen era de pura impresión: la repentina e inevitable pérdida de su seguridad. Estaba acostumbrada al cambio, a viajar, a las inesperadas penas de la vida y a la incertidumbre económica de sus padres, que ella llevaba con ese estoicismo suyo, una verdadera marca de

la casa. No obstante, Steventon era una constante familiar tangible, es decir, la promesa del hogar después de tanto viajar por ahí. El paisaje, los vecinos, el clima la familiaridad de los paseos, las visitas y las conversaciones, el intrincado nudo de la identidad que trama la urdimbre de un lugar: la ciudad de Bath, con su modernidad y su corrección, no contaba con nada que estuviera a la altura de aquello. La nueva casa con terraza de los Austen era grande, cómoda y estaba situada lejos del bullicio del centro urbano, pero no era la casa parroquial rodeada de cultivos en Hampshire, y no tenía un jardín privado al que escaparse.

Mientras ella se mantenía ocupada viajando, haciendo vida social, dándose baños o con las tareas domésticas de «la tía Jane», Austen perdió su voz en Bath: se la dejó en la casa de Steventon, que pronto ocuparían su hermano mayor, James, y su segunda esposa, Mary (que a Jane no le caía bien). Sus cartas, antaño vivaces, retratan a una Austen abatida, cuando no deprimida.

CELINDAS EN SOUTHAMPTON

Con el retorno de un jardín particular regresaron también la energía y la productividad tan conocidas de Austen. En 1806 se marchó a vivir con su madre viuda y su hermana a un nuevo hogar, Castle Square, en Southampton, en la costa de Hampshire. Además de comentarios maliciosos y banalidades, el entusiasmo por el paisaje reluce en algunas de sus cartas posteriores. Estaba de vuelta en su terruño, aún quejumbrosa y malhumorada, pero más cerca del terreno conocido.

En febrero del año siguiente escribió a Cassandra una larga epístola que ella esperaba que le resultara in-

terezante. «Me precio de haber redactado una carta bastante fina», confesaba Austen en sus últimas líneas, «teniendo en cuenta mi carencia de material, pero, igual que mi querido doctor Johnson, creo que me he ocupado más de sensaciones que de hechos concretos.» Eso sí, se dedicaba a refunfuñar durante la mayor parte de la misiva. Se quejaba de que Cassandra estuviese tardando tanto en regresar a Southampton. Señalaba que «otras» estaban teniendo hijos y buscándose amantes, pero ella no. Se quejaba sobre el lenguado (o sobre su falta en el mercado) y también se lamentaba sobre la pérdida de la timidez en Inglaterra, que se había visto reemplazada por la confianza. Las cartas de Austen tienen un aire de humor absurdo a lo Monty Python, como si la autora estuviese a punto de reventar: «¿Que tú has comido pescado? Qué lujo. Nosotros hemos tenido que echarle sal a un carbón y decir que era bacalao».

Aun así, entre tanto rezongar y protestar hay un pasaje maravilloso. Es de una silenciosa exuberancia que no aparece en tantas de sus cartas de Bath, una picardía que no está teñida de cinismo ni frialdad y que sugiere un cambio de ánimos. Describe el jardín de Castle Square, y es un fascinante atisbo de la vida interior de Jane Austen. Merece aquí la pena citar de forma extensa a la «escritora» (como ella se autodenominaba):

El jardín se está poniendo en orden gracias a un hombre que tiene un carácter increíblemente bueno, un magnífico cutis, y que pide algo menos que el primero. Dice que los arbustos que bordean el paseo de gravilla no son más que eglantinas y rosas, estas últimas de una variedad indefinida, así que tenemos intención de conseguir algunas que sean de una variedad mejor, y, por mi particular deseo, nos va a procurar unas celindas. No podría vivir

sin una celinda, todo sea por el verso de Cowper. Hemos hablado también de un laburno. El arriate bajo el muro de la terraza está quedando despejado para recibir grosellas y uvas espinosas, y hay un lugar muy apropiado para las frambuesas.

Aquí, el sincero y sencillo entusiasmo de Jane por el jardín resulta enternecedor: carece de su característica ironía o su juicio afilado. Al hablar de la celinda, casa sin el menor esfuerzo la poesía de William Cowper («El laburno, denso / en ríos de oro; la celinda, marfil puro») con la alegría y disfrute de su propio jardín. Es alegre y sin complicaciones. Cuando escribe sobre la reputación de Castle Square de ser «el mejor jardín de la ciudad», el orgullo es palpable.

Ese tono de fácil deleite regresó en cartas posteriores, cuando Jane vivía en su último hogar, Chawton Cottage, y trabajaba en sus últimas novelas. Antes de instalarse en la nueva casa (que Jane no había visto aún), escribía a su hermano sobre los terrenos: «¿Qué tipo de huerto hay allí para la cocina?», le preguntaba en una combinación de la economía doméstica con su interés personal. También hablaban de pedir que les «paciesen» la hierba antes de que ellos se trasladaran a vivir allí. A finales de la primavera de 1811, una vez instalada, Austen escribió a Cassandra, en Kent, y le ofreció un retrato de la vida en Hampshire. Además de comentar los recién nacidos, las enfermedades, las nupcias controvertidas y el tiempo, Jane esbozaba los cambios que observaba en el jardín. Las plantas estaban floreciendo maravillosamente, pero la reseda de Cassandra llegada desde Kent tenía «un aspecto lamentable» (Jane solía compararse con su hermana, en parte porque la echaba de menos, y en parte, tal vez, porque se enorgu-

llecía de la buena mano que tenía con las plantas). Las ciruelas estaban de camino, y las celindas de Cowper —que, obviamente, había plantado tanto en Hampshire como en Southampton— estaban a punto de dar flor. Austen ofrece una atractiva imagen del jardín de una casita de la campiña inglesa en primavera. «Nuestra joven peonía al pie del abeto acaba de florecer y tiene un aspecto muy hermoso», escribía ella, «y el Arriate de los Arbustos pronto se verá todo él muy alegre con las clavelinas y las minutisas, además de las aguileñas, que ya están en flor.» Acto seguido, Austen regresa a las cuestiones relativas a los viajes familiares, la salud y las tormentas de la primavera.

Tres años después, durante una estancia en la casa londinense de su hermano Henry, a Jane le vuelve a la cabeza el tema de los jardines. En 1813, Hans Place se encontraba en una zona residencial rural de Londres, aunque no tenía nada de provinciano: grandes casas, una buena escuela y jardines elegantes, todo ello a un paseo del centro de Londres. La humilde morada de Henry Austen no era un palacio con unos terrenos inmensos, pero sí generosos (en esos tiempos, él era un banquero acaudalado). Su hermana elogiaba la extensión de la casa y lo acogedora que era, y después se limitaba a decir que «el jardín es toda una maravilla».

Al igual que sucede con la mayor parte de la vida privada de Austen, esto es poco más que una insinuación: la de un cierto placer y una debilidad humana más profunda. Es complicado valorar hasta qué punto su júbilo se debía a su distancia de Bath: que no fuera tanto por dónde estaba sino por dónde no estaba. En cualquier caso, como lector, es un alivio ver una felicidad tan sencilla en Jane Austen. A pesar de sus vicisitudes, la vida tiene su ánimo, temáticas y tonos que tiñen

de color los años. El humor de la estancia de Jane Austen en Bath —igual que su época en el internado en su niñez— fue de una insatisfacción resignada. Sin embargo, con los jardines de Castle Square, Hans Place y Chawton Cottage llegó un entusiasmo simple, como si Austen no se sintiera ya en la obligación de suprimir su deleite sensual e imaginativo.

Por este motivo destaca su charla de Chawton sobre la celinda y el laburno. Es una nota de optimismo entre sus habituales frustraciones y sus narraciones domésticas. Al leer que Jane se dedica a trasladar las macetas heladas de su hermana a la calidez del comedor, podemos ver un callado disfrute doméstico: los ritmos y los gestos que dan forma a la vida cotidiana. Y sabemos que estaba combinando aquellas tareas hogareñas de horticultura con su primer amor: escribir. Esto es una pista relevante sobre las prioridades de Austen en la vida. Adoraba la disciplina de la escritura, pero también veía el jardín como algo esencial para su bienestar. Le levantaba los ánimos y la ayudaba a escribir de un modo tan prolífico, pero ¿cómo?

UNA EXALTACIÓN NERVIOSA

Sus novelas son un buen punto de partida. Eso sí, una advertencia: sus personajes protagonistas no eran ella. Jane no era la «joven dama» que sir Walter Scott veía en las protagonistas de Austen. Resulta muy cómodo fundir a la autora con los personajes: mujeres solteras de provincias y medios humildes, una particular inteligencia y buena educación. Sin embargo Austen publicó seis novelas en su vida y no hay una sola de sus protagonistas que se pueda identificar con ella de buenas a primeras.

Jane tenía la lengua afilada de Elizabeth, pero carecía de su audacia en compañía; el sentido común de Elinor, pero no su paralizante prudencia; la pasión de Catherine por la literatura, pero no su goticismo; la devoción de Fanny, pero no su mojigatería; la curiosidad de casamentera que tenía Emma, pero no su privilegio presuntuoso; la soledad de Anne, pero no su romance tardío. En resumen, Jane Austen no se incluyó en *Orgullo y prejuicio* ni en *Persuasión* como si su yo fuese un simple párrafo o una frase prefabricada.

Aun así, de algún lugar vendrían estos personajes. Y no de la vida cruda y fácilmente accesible, sino de la vida como una mena que hay que extraer, refinar y pulir. Jane no era Anne Elliot con su vanidoso *baronet* por padre o su insulsa hermana mayor, pero sabía lo suficiente sobre la represión, la decepción, el orgullo y el aburrimiento como para imaginarse la vida de Anne. Lo mismo se puede decir de sus otras novelas, pues eran las experiencias de Austen una vez transformadas con pericia. Esto resulta útil, porque nos recuerda que aún podemos atisbar en su ficción a una autora tan dada a la reclusión y con sus numerosas cartas quemadas. Sus novelas nos sugieren las ideas que dieron forma sustancial a su escritura y a su vida, incluida su pasión por el jardín de Chawton.

Tenemos un buen ejemplo en la novela preferida en todo el mundo de entre las obras de Austen, *Orgullo y prejuicio*. A los veintidós años, Jane terminó el primero de sus borradores con el título de *First Impressions* [Primeras impresiones]. No sabemos qué pensaba sobre aquel borrador; tenía confianza, con toda seguridad, pero eso nos dice bien poco. Transcurridos más de quince años, después de que la publicara Thomas Egerton en enero de 1813, Austen hacía gala de sentimientos en-

contrados. Igual que a la mayoría de los Janeites, le gustaba su protagonista, Elizabeth Bennet. «La considero la criatura más encantadora que haya figurado jamás impresa», le decía Jane a su hermana Cassandra en el mes de su publicación, «y lo que no sé es cómo voy a ser capaz de tolerar quienes no sientan el menor gusto por ella.» Ahora bien, era menos optimista al respecto de las virtudes del libro en su conjunto. Reconocía su encanto y su vivacidad, pero lo veía poco serio y falto de contrastes. «La obra es demasiado ligera, luminosa y chispeante», le decía a su hermana. Aun así, desde luego que la consideró digna de publicarse. A pesar de que no la firmara con su nombre (la autora era «una dama»), la obra era suya, con todos sus defectos.

Lo que Austen no sabía —como una debutante de veintitantos años con un manuscrito recién salido de imprenta, o como autora recién publicada— era que *Orgullo y prejuicio* iba a convertirse en una de las novelas más populares de la lengua inglesa, el número uno de la encuesta sobre «los libros de los que no puedes prescindir» realizada por la Unesco en el Día Mundial del Libro, y es una fuente fiable de ingresos para numerosos editores (Austen superó en ventas a John Grisham en 2002). Hoy en día siguen teniendo validez las palabras que escribió el autor norteamericano William Dean Howell en *Harper's Bazaar* en 1901. «En los últimos años, la historia de *Orgullo y prejuicio* está siendo objeto de un constante [...] y creciente culto. Raro es que los lectores de Jane Austen», continuaba y se contaba él mismo entre ellos, «sientan algo inferior a la adoración por ella: la autora es una pasión y un credo, cuando no una religión» (tal vez Richard Dawkins no tarde en publicar *El espejismo de Austen*).

Son numerosas las razones del duradero atractivo de este libro, entre las cuales figuran el ingenio y el inteli-

gente encanto de la protagonista, la mordiente cómica de las caricaturas, la elegancia de su prosa, la reñida y frustrada pasión de Lizzy Bennet y Fitzwilliam Darcy..., además de que en la actualidad se nos caiga la baba con los sombreros de copa, las patillas pobladas y los vestidos de cinturilla alta. *Orgullo y prejuicio* carece de matices psicológicos, pero como una sátira, una historia de amor y, en ocasiones, un vehemente retrato de las costumbres, es una novela fenomenal.

Parte de la brillantez de *Orgullo y prejuicio* se debe a sus «escenas fijas» —escenas tramadas de manera meticulosa que le dan al relato los giros dramáticos— como las del baile en Meryton, la primera propuesta matrimonial del señor Darcy y el enfrentamiento de Lizzy con lady Catherine de Bourgh, por ejemplo. Una de las más impresionantes es la visita de Elizabeth Bennet a Pemberley, el hogar de la familia del señor Darcy (célebre en todo el mundo civilizado como el lugar de la escena de la camisa mojada de Colin Firth). En particular, los jardines de la mansión —descritos por la señora Gardiner, la tía de Lizzy, como «una delicia»— ofrecen a Lizzy la oportunidad de la contemplación.

La historia es bien conocida para los amantes de Austen, pero merece la pena ahondar en los detalles. Durante una soleada tarde en Derbyshire, Elizabeth Bennet estaba emocionada si bien inquieta. En un carruaje abierto, la joven dama de provincias iba con sus tíos camino de Pemberley, la grandiosa casa señorial de la familia Darcy, y se fingía indiferente ante aquella salida. Nadie tenía aún noticia de las torpes iniciativas maritales del señor Darcy, así que los tíos de Lizzy no eran conscientes de que su sobrina se hallara en un estado de «exaltación nerviosa», y ella trataba de guardar las distancias. Darcy era un hombre rico, inteligente,

guapo y noble, sin embargo su orgullo y su desprecio hacia la familia de Elizabeth indignaban a la joven como no podría ser de otra manera. Él había ignorado las miradas de ella y la había insultado con su presuntuosa propuesta de matrimonio. «¿Podría usted esperar que me regocijara —dijo él airado— de la inferioridad de su parentela?» Peor aún, con sus intrusiones, el hombre había puesto en peligro la felicidad de la hermana de Lizzy. Y para ella y su familia, el gran señor Darcy era un hombre estirado, rutinario e inflexible.

No obstante, la determinación de Elizabeth va cambiando poco a poco. No había terminado de maldecir «el orgullo y la insolencia» de Darcy y, lentamente, ya le iba gustando aquel hombre honesto, directo y —tal y como iba a descubrir muy pronto— de una sincera bondad. Tenían en común la agudeza de su ingenio la elocuencia y el desdén por la vulgaridad. A pesar de sus recelos, Elizabeth sentía curiosidad. Por supuesto que no quería toparse con él mientras ella se paseaba por su finca («Elizabeth se sonrojó solo de pensarlo»), pero él estaba fuera por asuntos de negocios, y ella tenía plena libertad para moverse sin complicaciones, sin miedo a la vergüenza de que la descubriesen, o eso creía. Al aproximarse a Pemberley, la señorita Bennett contuvo el aliento y su carruaje se adentró lentamente en el bosque.

Ascendieron una pendiente durante un rato bajo los arcos que formaban los robles y los olmos. Me imagino unos árboles centenarios, altos y de gruesas ramas de un generoso follaje. («Un precioso bosque que alcanzaba una extensión muy amplia.») Aunque hacía fresco, tal vez los rayos del sol centellearan entre las hojas. De vez en cuando, los árboles se abrían para dar paso a una escena fija: una nítida y limpia combinación de hierba y agua, o un templete neoclásico. Tras un largo recorri-

do, llegaron a lo alto de la cuesta boscosa y se detuvieron en un claro. Resultaba sobrecogedor, y Elizabeth (como su tía) quedó «encantada». Pemberley House se alzaba en un terreno elevado en la otra orilla de un río de buen tamaño, frente a unas colinas también boscosas. El estanque estaba lleno de peces y unos cisnes engalanaban sus aguas. La ondulación del terreno daba la sensación de un paisaje natural, pero era más elegante, noble y sereno. «Elizabeth jamás había visto un lugar por el cual la naturaleza hubiese hecho más, o donde la belleza natural hubiera sufrido un menor menoscabo por la torpeza del mal gusto.» Esto es en parte lo que hace que la señorita Bennet cambie de opinión sobre Darcy. En aquellos jardines, ella ve el alma expansiva y diversa de Darcy en un todo coherente. Y, a pesar de la alteración por aquella belleza y de la repentina oleada de un sentimiento, la mente de la protagonista se mantiene clara y serena. Se le ha caído la venda de los ojos. «En ese instante, tuvo la sensación de que ser la señora de Pemberley sí que podría ser algo», escribe Austen.

Es una historia muy bien narrada y Austen maneja con brillantez la tensión dramática; no obstante, tiene una mayor importancia lo que la autora no hace en esta escena. Dadas las formas tan directas y locuaces de Lizzy, cabría esperar un monólogo de la protagonista de Austen, como una loa de los encantos de Pemberley con modernista y rebuscado detalle. Por supuesto que Elizabeth —igual que Austen— no era una romántica, pero esto no dejaba de ser la gran epifanía de Eliza Bennet en Pemberley..., qué menos que un poco de efusividad, ¿no?

Ni un atisbo. A pesar de su «exaltación nerviosa», tal y como lo expresa Austen, Lizzy se muerde la lengua. Este silencio no era algo arbitrario para la autora, no se trataba de un detalle novelístico como otro cualquiera,

y no hay nada que revele esto de un modo más intenso que su caracterización del señor Collins, el necio de marca mayor de *Orgullo y prejuicio*. El empalagoso primo de Elizabeth también era un apasionado de los jardines. Aquel predicador recién casado estaba orgulloso de su casa parroquial, su pulcritud, su proximidad a la residencia de su patrocinadora y de sus terrenos muy bien cuidados. Sin embargo, en lugar de disfrutar de todo ello en silencio, era un hombre ruidoso, puntilloso y pedante. No cerraba la boca. Contaba los árboles, medía los paseos y se extendía hablando acerca de cualquier sutileza relacionada con la horticultura. Escribía Austen que «comentaba todas y cada una de las vistas con tan minucioso detalle que la belleza quedaba oculta por completo». Era un hombre con una desesperada necesidad de que sus acompañantes alabaran aquel jardín suyo al que tantas jornadas había dedicado («Uno de sus placeres más respetables»). En este sentido, el jardín era una representación del propio Collins, de sus ambiciones y expectativas. Y era bonito, «grande y bien diseñado», en palabras de la autora. El parloteo de Collins oscurecía aquella belleza al igual que la vanidad y el servilismo del clérigo ocultaban sus mejores cualidades. A pesar de su formación a la altura de Oxford o Cambridge, la verborrea de Collins debilitaba sus éxitos botánicos y le hacía quedar como un idiota.

En este contraste novelado entre el silencio de su protagonista y los parloteos del párroco, Austen ofrecía un fascinante atisbo de sus intereses filosóficos en el jardín. Esta es la Jane silenciosa y meditabunda que se inclinaba para cuidar las flores de Castle Square y Chawton, la Jane diligente que reorganizaba las macetas, pedía los laburnos de Cowper y salía a coger grosellas. Es un planteamiento que se caracteriza por una labor y un

ensueño silentes, y no por el cotilleo o las tareas domésticas. Y está claro que Austen percibía aquel silencio como algo valioso.

EL ÚNICO PAPA INFALIBLE

Para comprender el silencio de Pemberley resulta útil saber algo más acerca de las perspectivas filosóficas de Austen, sobre las ideas y los movimientos intelectuales que la inspiraban. La novelista jamás fue una erudita ni una panfletista, pero sí era una lectora prodigiosa. Aun cuando se trivializara su imagen como una «mujer escritora» —que era el término con el que los críticos solían referirse de manera desdeñosa a las autoras de novela romántica—, Austen estaba familiarizada con un amplio abanico de obras de una gran erudición. El simple hecho de que no se dedicara a citar *The History of England* de Robert Henry no significa que desconociese su contenido (después de haberla leído, la autora de veinticinco años prometía a su hermana «una gran cantidad de información» la próxima vez que hablasen). Disfrutaba con el doctor Johnson y su biógrafo, James Boswell, y también con una historia de Inglaterra de Oliver Goldsmith, el brillante y vanidoso antagonista de Johnson. Además leía sermones, de hecho elogió uno de Thomas Sherlock ante su hermana. Más sorprendente es encontrarnos con una Austen que comentaba en 1813 el estilo ameno y contundente de «un ensayo sobre las instituciones y la policía militar del Imperio británico», del capitán Pasley. «El primer soldado por el que he suspirado jamás», escribe a su hermana Cassandra desde Chawton. Está claro que Jane Austen tenía unos gustos católicos en cuanto a la lectura, gustos

que tocaban la historia, filosofía, teología, los comentarios de tipo social y el ejército.

El filósofo Gilbert Ryle conjetura sobre la posibilidad de que Austen recibiese también la influencia del cuarto conde de Shaftesbury, mecenas y discípulo de la luminaria de la Ilustración Thomas Locke. Son muchos los filósofos que dan forma a la obra de Shaftesbury; de todos modos, Aristóteles fue una influencia de una particular relevancia. Ciertamente es que los personajes de Austen —intrincadas y sutiles combinaciones de vicio y virtud— recuerdan más a los principios morales de Aristóteles que la ética de blancos o negros de los teólogos calvinistas de su época (al respecto, Ryle sostiene que su psicología moral es «bipolar»). Desde luego que los personajes malvados de Austen, como Willoughby, tienen sus claros defectos, pero no son diabólicos. No se puede decir que el joven gallardo y libertino de *Sentido y sensibilidad* sea un malvado, es más bien un hombre débil, deshonesto e inconstante. En las novelas de Austen no hay malos de caricatura. Del mismo modo, sus protagonistas femeninas no son criaturas perfectas, sin defectos ni faltas. Desde los prejuicios de Lizzy Bennet hasta la presunción de Emma, Austen dio a esas mujeres los matices y la variedad de los seres humanos de carne y hueso. En Austen hay muchos «tipos» morales y no dos bandos, como los salvados y los condenados, los buenos y los malos, los santos y los satánicos. Según Ryle, esta era la perspectiva de Aristóteles: «Shaftesbury había abierto una ventana por la que entró un aire con un oxígeno aristotélico que inhaló una cantidad relativamente reducida de personas en el siglo XVIII. Jane Austen había olisqueado este oxígeno». En resumen, el pensamiento de algunas de las mejores mentes de su tiempo —filósofos, ensayistas, biógrafos e historiados—

res— permeaba las novelas engañosamente simples de Austen.

Y los poetas habían ejercido una influencia similar. Las representaciones que hace Austen sobre las conductas correctas e incorrectas estaban tan moldeadas por la poesía como por los pensadores sistemáticos. «El término *moralista*», señala Ryle, «cubriría tanto a Goldsmith o Pope como a Hutcheson o Hume». Esto es particularmente cierto en el caso de Alexander Pope, tal vez el más grande de los poetas ingleses del siglo XVIII y sin lugar a dudas el más citado. A pesar de que su obra se lea menos en estos tiempos, muchos de sus versos continúan siendo proverbios conocidos, como por ejemplo «Un poco de conocimiento es algo peligroso», «errar es humano, perdonar es divino» y «se atropella el necio allá donde los ángeles van con pies de plomo». Aunque los roces entre el uno y el otro distaran de ser como una balsa de aceite, incluso el brillante dramaturgo y provocador francés Voltaire alabó la obra de Pope. «El mejor poeta de Inglaterra», le dijo a un correspondiente, «y hoy por hoy del mundo entero», una gran alabanza viniendo de un hombre que se sentía menospreciado e ignorado por Pope. Si bien las ideas del poeta fueran a veces algo trilladas, la formulación sonaba fresca, impecable y con mordiente, y en esto Pope no hacía sino confirmar su propia definición de «ingenio»: «Engalanada la naturaleza sale favorecida, / nunca mejor expresada una idea tantas veces concebida». La tarea del vate era dar una expresión novedosa y memorable a las reflexiones comunes.

A la vista de esto, no es ninguna exageración decir que Pope engalanó el pensamiento angloparlante del siglo XVIII, incluido el de Jane Austen. Igual que Shaftesbury y Austen, Alexander Pope se enmarcaba en la tra-

dición aristotélica, pues estaba más interesado en la variedad del ser humano que en la batalla calvinista por las almas. Opinaba que el carácter era algo sutil, variado y voluble. Todo era cambio, por mucho que todo hombre tuviese una «pasión dominante»: «Los modales con la fortuna, el humor cambia con el clima, las convicciones a base de libros, y los principios con los tiempos», escribió a lord Cobham. En consecuencia, Austen cita a Pope en dos de sus novelas, *La abadía de Northanger* y *Sentido y sensibilidad*, y en una carta a Cassandra bromeaba diciendo que Pope era «el único papa infalible del mundo»¹ (algo paradójico, dado el catolicismo del autor). En la misma carta, Austen utilizaba al poeta para hacer gala de su propio estoicismo: «Lo que fuere, es lo mejor», escribió parafraseando de manera evidente un verso del poema moral de Pope «Ensayo sobre el hombre».

Y es ese «Ensayo» de Pope lo que nos da un esbozo de la visión filosófica del mundo de Austen, una visión no verbalizada aunque sin la menor dificultad para resultar expresa. Igual que en el caso de Austen, el argumento de partida de Pope era simple, es decir, la ignorancia del hombre, y no se refería tan solo a la carencia o imprecisión en la información, el tipo de ignorancia que se supera a base de estudiar datos o de investigar. Pope aludía más bien a las limitaciones fundamentales de la percepción y el conocimiento del ser humano. Mientras Dios lo ve y lo conoce todo, aducía Pope, nosotros tan solo podremos conocer una minúscula porción de nuestro minúsculo mundo (y no digamos ya del cosmos) porque somos unas criaturas pequeñas, insignificantes, vulnerables y que se confunden con facilidad. El Dios de Pope posee un conocimiento magistral del todo

1. Pope, en español «papa». (*N. del T.*)

en conjunto, mientras que la humanidad se aferra con torpeza a una sola parte, una pequeña porción de tierra y una pizca aún menor de eternidad.

Pope decía que no tenía mucho sentido poner en cuestión nuestro cosmos, y esto es quizá más importante. Primero, explicaba él, nuestra ignorancia imposibilita cualquier tipo de respuesta exhaustiva. No somos más capaces de conocer el cosmos de lo que un buey es capaz de comprender el plan de cultivos de un agricultor; igual que el buey, nosotros no estamos en condiciones de llegar ahí. Segundo, aunque por obra de alguna clase de milagro lográramos comprender el cosmos en su totalidad, sería estúpido e inútil esperar que algo cambiase. «De entre los sistemas posibles se reconocería que el mejor de todos lo ha de crear la infinita Sabiduría», rimaba Pope. Resumiendo, que tenemos el mejor cosmos posible. Desde nuestros confinados horizontes, las cosas pueden parecer feas, injustas o irracionales; en realidad, se trata de un sistema equilibrado, armonioso, un medio infinitamente preciso que obra en pos de los fines divinos. Toda especie de insecto, ave y mamífero es un instrumento en la orquesta de esta sinfonía, pero ninguno, salvo el maestro, conoce el gran desenlace; el deseo de alterar nuestra partitura es absurdo y peligroso, puesto que la más mínima discordancia o pérdida del compás no hace sino arruinar la composición. Imaginemos el universo como una exquisita y delicada caja de música con incontables ruedas, muelles y engranajes..., la avería más leve pone fin a la canción. «En la cadena de la naturaleza, cualquier eslabón al que se agreda», escribió el poeta, «ya sea el décimo o el diezmilésimo, acaba con la cadena entera.» Es una armonía perfecta, unificada y racional. En el universo de Pope, todo es como debería de ser, como debe ser.

Para el poeta, en esto había una evidente lección moral: basta de especulaciones y de lamentarse; tú sigue con tu vida. Por supuesto que podemos clamar contra las privaciones o protestar furiosos por los desaires; podemos lamentarnos de las oportunidades perdidas o atemorizarnos ante el futuro, pero, al fin y a la postre, tenemos justo la fuerza, la autoridad y la capacidad de deberíamos tener, y todas las fuerzas del universo están compitiendo y actuando de forma conjunta para dar lugar a un cosmos tan estable que parece regido por leyes. No podemos interrogarlo ni cambiar una sola letra ni línea de su trazado, ahí se mantiene todo, universal y eterno. Mejor será abandonar las elucubraciones cósmicas y continuar con las ocupaciones de la vida humana, con nuestras victorias y nuestras derrotas cotidianas. Este es el origen y el sentido de la mal citada frase de Austen en su carta a Cassandra. «A pesar del orgullo, de lo falible de la razón», escribió Pope, «una verdad está clara, que lo que fuere, es lo mejor.» El lema de Austen, tomado del poeta, era simple, pero bien potente: todo va bien ahí en las alturas, así que reserva tus fuerzas para lo de aquí abajo.

Si lo teológico levanta sospechas, hay no obstante varias ideas atrevidas en esta cosmología, ideas que tienen su eco en el universo moral de Jane Austen. De la manera más obvia, Pope estaba sugiriendo que carece de sentido alterarse por los datos de la física o la biología o preocuparse por el gran «porqué» del universo. Mejor nos dedicamos a nuestras familias, a ser fieles a nuestros amigos y a dejar algo útil o bello en el mundo cuando hayamos muerto. Más crucial aún es que Pope estaba afirmando que el ámbito y la escala de esta vida humana sí merecen la pena, que tenemos asignado nuestro potencial y nuestras capacidades, y que son una parte valiosa de un todo muy bello.

Pope y Austen tenían en común esta combinación de sofisticación entusiasta y de fe silenciosa y reconfortada. Igual que el poeta, Austen leía mucho, y lo hacía con una mirada atenta al detalle y un buen oído para el estilo, sin caer en la metafísica; las sublimes complejidades del «mejor de todos los mundos posibles» de Leibniz no eran el objeto de su interés, si acaso no escapaban a su comprensión. Ella creía en un orden cósmico y no tenía el menor deseo de investigarlo ni de tumbarlo. «La religión está ahí», escribe Claire Tomalin en su brillante biografía de Austen, «como un elemento esencial del tejido que forma la estructura de su vida. Jamás fue algo que hubiera que poner en tela de juicio ni que investigar [...], era un factor social más que espiritual.» Detrás de los matrimonios, familias y retratos de virtud literarios de Jane Austen, y como confirmación de su propia paciencia y perseverancia, estaba la fe en el orden de las cosas. Por este preciso motivo puede la autora centrarse en sus riñas domésticas, intrigas románticas y dificultades económicas. Estas constituían la esfera de su simpatía, su aspiración y conocimiento. Los sorprendentes versos de Pope capturan esto por completo:

*Conócete a ti mismo, no te atrevas a estudiar lo divino;
el hombre es el saber que le corresponde a lo humano.
Traído a este istmo de una terrenal naturaleza,
un ser de oscura sabiduría y de ruda grandeza.*

En este nítido retrato de la aleación de la humanidad tenemos con sus defectos a los personajes y los dramas familiares de Austen además de su callada fe en un mundo que trasciende a su Inglaterra rural. Sus novelas eran ese «saber que le corresponde».

UNA COMODIDAD TOLERABLE

Este calmante es lo que Lizzy Bennet saborea en silencio en Pemberley. No es su promesa de riqueza y posición social, sino su silenciosa representación de la armonía y el orden. A la joven inquieta le recordaba que su mundo, con todas sus penas y preocupaciones, no lo era todo, que había dignidad, contención y elegancia en la naturaleza: las virtudes que vio también en Darcy.

Lo que Austen introdujo en *Orgullo y prejuicio* lo había experimentado ella misma en Chawton, Castle Square y en sus acres de Steventon. Podía soportar las agotadoras vicisitudes de la familia y el arte —del aburrimiento al dolor, de ahí a la euforia y vuelta a empezar— y después retirarse a su laburno de Southampton o el haya de Chawton. Al margen de las riñas de hermanos, la amenaza de la guerra con los franceses o la tozudez de un personaje que se niega a «encajar», los bulbos seguían floreciendo cada primavera. Así escribía Austen a su hermana en el último día de mayo de 1811: «Hoy me he enterado de que han descubierto un albaricoque en uno de los árboles». Esto es algo más que otra anécdota trivial, más que un cotilleo o un comentario despreocupado. Es un gesto de asentimiento a los signos eternos de la vida. En el jardín de Chawton, Austen podía encontrarse con el cosmos perfecto de Pope, una realidad menos ambigua, defectuosa y efímera que la de lo humano. Reafirmaba su fe silenciosa, ese telón de fondo permanente detrás de la acción en primer plano.

Austen podría ser poco sentimental en sus cartas, pero sin duda estaba dispuesta a que la reconfortaran. «Que sean otras las plumas que se ocupen de la culpa y el abatimiento», escribió en *Mansfield Park*, como es bien sabido. «Abandono esos temas tan odiosos en cuanto

puedo, impaciente por devolver a todo el mundo [...] a una comodidad tolerable.» Aun teniendo en cuenta ese habitual pellizco de ironía, Austen lo decía en serio; sus novelas publicadas siempre buscaban un final feliz donde incluso Marianne Dashwood consigue a su coronel. A pesar de su reconocimiento de la realidad psicológica, social y económica, la novelista era feliz buscando y ofreciendo el consuelo, una «comodidad tolerable» con el disfraz metafísico de Pope. Austen estaba redescubriendo lo que el teólogo san Agustín describía como «ocasiones en que la razón humana se halla más cerca de alguna clase de conversación con la naturaleza de las cosas», es decir, sembrar las semillas, plantar los esquejes y hacer los injertos. El jardín de Chawton Cottage era una lección de eso que ahora se llama «la mirada a gran escala», pero Jane Austen lo saboreaba a una escala menor.